

mico más, sino en un verdadero artista del teatro.

Por fin se refiere a la batalla emprendida por los nuevos «realizadores». No desdeña su aportación, algunas de ellas, incluso, interesantísimas; pero siempre y cuando no se eche en olvido los fundamentos eternos de la Tragédia. Hay que hallar el equilibrio. La dictadura del comediante —afirma— fué bastante nociva para el espectáculo. No caigamos ahora en otra dictadura, menos eficaz, por no ser

sustantiva. Hallemos el equilibrio, que sólo puede estar en la coordinación. Húyase, concluye, por todos los medios, de mecanizar al actor, de sujetarle a elementos adjetivos. De no hacerlo acabaremos por matar el alma del teatro que radica en la inspiración.

La conferencia, patrocinada, por la Dirección General de Información, fué escuchada con suma complacencia por el numeroso auditorio que aplaudió entusiásticamente al disertante.

EL EXISTENCIALISMO ORTODOXO DE RICARDO PERMANYER

La editorial Selecta nos dió, poco antes de la muerte del poeta, una perspectiva general de la obra publicada de Ricardo Permanyer. Una obra que, después de su aparición inicial, enmudeció durante veinte años hasta reanudar luego, ininterrumpidamente, la ruta definitiva de su canto.

El paralelo poético de Permanyer, que partió de una experiencia negativa, pesimista, sumergida incluso en la sombra, en sus «Poemes de tedi i de neguit» (de ellos recoge sólo dos fragmentos la obra de ahora), sigue, a un quinto de siglo de distancia, una curva ascendente. ¿Hacia la serenidad? Hacia la verdad. Porque la serenidad poética es prácticamente incompatible, en términos absolutos, con un verdadero lirismo interior; con una intimidad trascendente, como la que, en realidad, informa la poesía de Ricardo Permanyer. Por ello, el experimento poético de este autor ofrecería un interés tan auténtico para un psicólogo como para un crítico.

La poesía es, a menudo, un instrumento de monólogo, de explicación del poeta consigo mismo. Su acontecer, su proyección vital, son realizados, a través de la poesía, como un camino de concreción espiritual de los confines interiores, metafísicos, religiosos, incluso místicos, a lo largo de la propia vida. En el caso de Permanyer, el fenómeno tiene unas características pa-

recidas; pero con una altura que transfigura y aleja toda proximidad de anécdota. Sería incluso, inútil hablar de confesión o pensar en ella. La materia subjetiva que, más o menos distante, motiva las estrofas, se han fundido en pura plasmación de belleza expresiva; las inquietudes del poeta se han hecho universales.

Aquello que, a nuestro entender, es más representativo en Permanyer, es su modernidad. No ya literaria y poética, sino social. El caso Permanyer es, ciertamente, el caso del hombre contemporáneo revelado en el poeta y en la poesía. La angustia existencial, no como actitud, sino como una esencia.

Hay formas de existencialismo que son histriónicas; es decir, falsas. El escritor las ha adoptado para servir una corriente filosófica o literaria determinada. Pero el caso de Permanyer es exactamente lo contrario: Permanyer siente la congoja existencial con una sinceridad tan intelectual como emotiva. Es decir; equilibrada, entrañable. Si el existencialismo no existiese, si no tuviese una realidad convencional registrada, Permanyer lo inventaría, es decir, le daría cuerpo y proporciones en sus realizaciones literarias. No solamente a partir de esta última época, sino incluso de la anterior, de la primera. Porque su «tedi» y su «neguit» no fueron, en 1927, sino

el autodebate contra aquella Presencia invisible que al vencernos nos confiere siempre la mayor de las humanas glorias.

Permanyer es, pues, tal vez, en nuestra lírica, el exponente más legítimo, en todos conceptos, de este existencialismo cristiano que hoy informa sanamente el mundo. No sólo en el sentido con que lo predica Gabriel Marcel, sino en el más hondo, en cierta manera, como lo viven escritores que, como Salvador Espriu, sienten esta angustia en su poesía. Sino que, en la poesía de Permanyer, todo el enorme dramatismo interior, sin disminución de sus conmociones, de sus convulsos estremecimientos, tiene, en definitiva, una solución explícitamente, casi diríamos franciscanamente, afirmativa. Es más, el poeta —y la selección de su material antológico lo demuestra— no ha traducido, de manera sistemática ni ordenada, su mensaje lírico, en la historia íntima de sus experiencias humanas reveladas líricamente, hasta que al propio tiempo, nos ha podido dar de ello la explicación final.

Pero Permanyer no se encuentra, como Espriu, en un «laberinto». Permanyer ha pisado siempre caminos y encrucijadas de salida visible. Primeramente, con una actitud agria, o mejor dicho, amarga. Su desesperanza, que no podemos calificar de desesperación, fué, así y todo, transitoria. Unas etapas vitales, espaciadas literariamente en el silencio de su canto, le llevaron a la luz; pero siempre, aquella luz, como diría todavía Maragall, resultó «eternamente inquieta» y, a la vez «inquieta aquietadora». Porque el existencialismo de Permanyer es, en sí mismo, en el objeto de su canto y en el espejo de su alma, conjuntamente mortal e inmortal. De medida humana, como en el clásico latino, pero

de arranque divino, como el Dante, romero del Paraíso.

En esta dimensión tan ampliamente sugestiva, de tantas posibilidades reflexivas y creadoras, se halla la poesía de Permanyer. Una poesía que, en raíces conscientes y en inspiración comunicada, enlaza la gran tradición introspectiva que arranca de la lírica de Ausias March, pasando por el propio Maragall y por Carlos Riba, en la búsqueda fácil del infinito. Incluso diríamos que la lectura de la poesía de Permanyer nos da la clave para comprender el verdadero sentido cíclico de la aportación de la más pura tradición lírica catalana a la poesía universal de todos los tiempos. De ahí que los tres autores mencionados puedan tomar, juntamente, por discípulo — un primer discípulo, superior a tantos imitadores de talento como queráis— a un poeta de la plenitud y la reverencia de Ricardo Permanyer, a través del cual el homenaje a los maestros y el cultivo de la belleza por la palabra son, no sólo un culto, sino un dogma.

Octavio Saltor

LITERATURA CATALANA

Crítica de Sebastián Sánchez Juan

ANTOLOGIA DE LA POESIA RESECA 1957.
Centro de Lectura de Reus.

Cuando amanece el calor y se alteró la sangre, cuando se crispan los nervios y uno no sabe lo que quiere, aunque sabe que quiere con gran intensidad, cae pesada la poesía muerta.

Uno va en busca de algo que le lleve o que le aturda: el lector quiere sentirse expresado por el verbo del poeta. Y, por otra parte, ahito está el lector *de versos que no hacen compañía*, como dijo el otro.

Si uno abre por el final la *Antología de la poesía reusenca mil nou-cents cinquanta-set* encuentra unos momentos de una dama, doña María Cabré de Calderó, que aciertan a mitigar aquella sed indefinible que sentía el lector, yo mismo. Son versos apesadumbrados. No importa. Son poesía viva y límpida como los chorros del agua, María Cabré dice de su corazón asimilándolo a un barco:

Oh, mon vaixell creuant el mar,
roblert de flors que no han fruitat,
mancat d'alè de revifança,
mancat d'alè. que es llum i és bes
perfumant ones que després
esborraran ma escuma blancal

Y luego:

Oh cor, seca cisterna
avui sembles tothora.
Prou t'he tirat la corda;
el cantí puja buit.
Esguardo en la carena
i a dins sols hi veig ombra
i ma negra silueta
reflectida en el mar.

Un muchacho de 27 años, Enrique Prats y Auqué, nos ofrece en esta Antología un poema larguito y muy lozano en sus mejores momentos, *Boira del camp i de l'esperit*, que recuerda a Francis Jammes. *Tocarà la mitja hora* (dice Prats) *i ens espera aquella xocolata prima i el bol de llet calenta*. Esto va bien.

Los poemas de José María Arnavat marcados V y VI parecen acusar una influencia mixta de Foix y de Llorc, el creador de un tipo de humorismo, muy conocido en Reus, Es Arnavat un poeta inquieto, áspero como el viento del Campo de Tarragona, que puede hacer algo interesante cuando encuentre su verdadero centro.

Y, finalmente, esos versos de María Eulalia Amorós y Solá:

En el silenci,
he de sentir la vida com una flor petita,
i plena d'esperança, com les ales d'un àngel,

FALLO DE LAS MEDALLAS "TAPIRO" Y "JULIO ANTONIO"

De conformidad con las Bases establecidas, fueron falladas las Medallas «Tapiró» y «Julio Antonio» que patrocina la Diputación para estimular la pintura y escultura en nuestra provincia. Previamente a ello se reunió el Jurado calificador formado por el Presidente de la Corporación, D. Enrique Guasch; D. Angel Marsa, crítico de arte, del «Correo Catalán»; Don Luis María Saumells, director de la Escuela Taller de Arte y los artistas D. José Ferré Revascall y D. Juan Molas Sabaté, el cual emitió el siguiente veredicto: Medalla «Tapiró» para pintura, no adjudicada. Sin embargo se conceden cuatro accesits a los

cuadros «Primavera» de Pedro Calderó Ripoll, de Reus; «Bodegón» de Pedro Queralt, de Valls; «Noies» de Aurora Gassó, de Reus y «Mi hermana» de Isabel Mas, de Reus. La Medalla «Julio Antonio» para la mejor obra escultórica presentada al concurso, fué adjudicada a José María Brull Pagés, de Ascó, residente actualmente en Ripollet, por su obra «La Dama», otorgándose dos accesits a Ramón Ferrán Pagés, de Reus por su relieve titulado «Jesús» y a José Serafini, de Valls, por el bronce «Cabeza».

Felicitemos cordialmente a los galardonados.